

de Económicas en 1944, no comulgaban con esas ideas y eran plenamente conscientes de sus efectos negativos. Verdad que esos no ocupaban los resortes de poder, pero en cualquier caso formaban parte del «establishment». A mi modo de ver con el concepto de autarquía hubo demasiada retórica y realmente pocos se lo tomaron en serio, con verdadera convicción. Juan Antonio Suanzes, un hombre autárquico libre de toda sospecha y uno de los máximos exponentes de la industrialización hacia adentro, al mismo tiempo que se declaraba firme partidario de la autosuficiencia económica, negociaba con compañías norteamericanas para fabricar, con su ayuda y dinero, automóviles en España. Convencidos de que el país podía progresar al margen de la economía internacional los hubo muy pocos. Entre los empresarios casi ninguno apoyó abiertamente una desvinculación definitiva de la economía europea en aras de la regeneración moral y política.

El libro de Michael Richards

Michael Ignatieff
Isaiah Berlin. Su vida,
Madrid, Taurus, 1999.

«Era generoso con las palabras y con el tiempo», dice Ignatieff en la presentación de la biografía de Isaiah Berlin. Esas palabras que le hicieron ser famoso y respetado, y ese tiempo

debe leerse. Presenta una visión crítica de la dureza de aquellos años de guerra y postguerra. La sociedad española quedó partida y sobre ella se ejerció una violencia inusitada. Las palabras de Juan Benet reciben confirmación: los hechos, lo que pasó, repercutió hondamente en esas y posteriores generaciones. Es la interpretación lo que le discutimos al autor. Ni al comienzo de la guerra ni a su término los vencedores tenían un modelo autárquico de sociedad, como tampoco tenían un modelo totalitario. Quizá no tuviesen ni siquiera modelo, al menos en el ámbito de la economía. Dos últimos ejemplos, por lo que puedan valer en contra de la idea de un ideal autárquico concebido durante el conflicto: pasaron dos años antes de la creación del Instituto Nacional de Industria (INI); y el Ministerio de Hacienda estuvo del 39 al 41 a cargo de José Larraz, que de autárquico no tenía ni la sombra.

PABLO MARTÍN ACEÑA

que le concedió una vida larga que él supo vivir de manera serena y razonablemente feliz. Y resultado también de la palabra viva y directa de Berlin es esta biografía, redactada a par-

tir de conversaciones grabadas con su protagonista a lo largo de diez años, en las que el viejo profesor de Oxford fue narrando, de forma espontánea y desordenada pero exhaustiva, recuerdos, preocupaciones y experiencias, que su biógrafo ha sabido convertir en un itinerario en busca de una identidad propia, tanto vital como intelectual.

Nacido en Riga en 1909, hijo único de una familia judía de ricos comerciantes, Berlin se trasladó a Londres con sus padres en 1921, en un exilio forzado por las consecuencias de la revolución soviética. Oxford le acogió como estudiante de filosofía y le convirtió en un perfecto inglés, más genuino incluso que los nacidos en la Gran Bretaña, por su deseo de ser aceptado y de verse integrado en su nueva patria, aunque nunca renunciara ni a su judaísmo ni a su cultura rusa originaria. Una mezcla no exenta de dificultades, pero que Berlin supo trenzar «en un personaje en paz consigo mismo», según afirma Ignatieff. Elegido *fellow* de All Souls con tan solo veintitrés años, inició su carrera como profesor de filosofía, y un encargo casual le llevó a dedicar sus primeros esfuerzos intelectuales al análisis del pensamiento de Marx. La guerra podía, sin embargo, haber truncado su vocación, todavía incierta y con escasos resultados, por la filosofía política. Pero después de unos años alejado de Oxford y al servicio de Foreign Office británico, Berlin re-

gresó a la Universidad y se decidió resueltamente por la Historia de las Ideas.

En esta elección quizá pesaron más los rasgos de su carácter que sus ambiciones académicas. Sus incursiones en el campo de la filosofía y los años dedicados al análisis del pensamiento de Marx, le habían dejado insatisfecho, y el lógico matemático Harry Sheffer le convenció de que no cabía ya pensar en avances científicos cultivando la epistemología o la ética. «Gradualmente llegué a la conclusión —escribió después Isaiah Berlin— de que prefería un campo en que hubiera esperanza de saber más al final de la vida que cuando uno la había empezado» Su talante liberal le llevaba a compartir los valores de la filosofía de autores como Karl Popper, pero Berlin era un pensador menos sistemático, más intuitivo y con un temperamento más «artístico» Por otra parte, la historia política de la posguerra estaba dominada en Inglaterra por la escuela de filiación marxista representada por E. H. Carr y Christopher Hill, una filiación que la postura ideológica de Berlin no podía compartir. La Historia de las Ideas, tal como él la concebía, le permitía en cambio adentrarse en los conflictos internos de los seres humanos, ya que consideraba las ideas «como el complejo central de las relaciones del hombre consigo mismo y con el mundo exterior».

Por este camino, Berlin consiguió articular sus ensayos sobre

Historia de las ideas en torno a una serie de preocupaciones centrales: la imposibilidad de acceder a una explicación global de los acontecimientos históricos, la frecuente incompatibilidad entre los valores que se persiguen y la necesidad, por tanto, de una libertad individual tan amplia como sea posible para que los seres humanos expresen sus particulares preferencias y busquen sus propios fines morales. Su objetivo principal fue siempre oponerse a cualquier tipo de política totalitaria basada en la creencia de que vale la pena sacrificar la vida, la libertad o la felicidad de unos cuantos para lograr, en el presente o en el futuro, una sociedad más perfecta. Las propuestas generales de Berlin no eran muy originales pero quizá fueron importantes en los años de la guerra fría, en los que parecía forzoso elegir entre dos modelos políticos y cuando los mejores intelectuales europeos seguían apostando por el socialismo como un futuro deseable para las sociedades occidentales.

Uno de los aspectos más curiosos del perfil humano e intelectual de Berlin que nos presenta la biografía escrita por Ignatieff es que logró difundir sus reflexiones acerca de la historia y su defensa radical de la libertad a través de la palabra. A Berlin no le gustaba escribir y mucho menos redactar largas y eruditas obras académicas. Detestaba incluso pensar en soledad y necesitaba compañía y auditorio para agilizar su mente

y construir sus argumentaciones. Todos los ensayos que publicó a lo largo de su vida fueron primero clases, conferencias o charlas radiofónicas, que preparaba dictando o grabando notas en una cinta magnetofónica para resumirlas y pulirlas después hasta el último momento, y para prescindir de ellas cuando llegaba finalmente al aula o a la sala de conferencias. Toda su obra es en cierto modo una larga conversación con sus amigos, con sus colegas y consigo mismo que siempre temía exponer ante oídos ajenos, convencido de que carecía de interés para ser elevada a la categoría de clase magistral y sorprendido siempre del éxito alcanzado. «La palabra hablada se esfuma —confesó a un amigo— y no perdura responsabilidad alguna; y uno queda libre de esos testigos embarazosos de nuestros estados momentáneos»; sin embargo quienes le escuchaban quedaban fascinados: «Escucharle era como una “aventura aérea” —escribe Ignatieff— en la que Berlin transportaba al público en vuelo raudo por encima de los paisajes intelectuales del pasado, dejándoles (...) en estado de leve aturdimiento».

Nunca quiso escribir su autobiografía y solo permitió que Ignatieff realizara esta tarea a condición de que se publicara después de su muerte. El resultado es un relato en el que su autor cede todo el protagonismo a las palabras de Berlin, que adquieren un brillo especial cuando recuerda a su vez anti-

guas conversaciones que le marcaron decisivamente, como la mantenida con la poetisa rusa Anna Ajmátova o con Boris Pasternak, a quienes visitó en los duros años del estali-

nismo, y que le reafirmaron en la necesidad de continuar siendo un judío ruso y un liberal británico.

MARÍA LUISA SÁNCHEZ-MEJÍA